



JESÚS RELINQUE LA CASA HUECA

THRILLER
OSCURO



ABRE LA PUERTA, LUCÍA

LA CASA HUECA

JESÚS RELINQUE



MANIAC

LA CASA HUECA

© Maniac Ediciones, 2026

© del texto: Jesús Relinque, 2026

© del diseño y cubierta: Ana Guerrero, Maniac Ediciones, 2026

Corrección: Rocío García Melgar

Impresión y encuadernación: Safekat

Impreso en España – Printed in Spain

Primera edición: abril 2026

www.maniacediciones.com

ISBN: 979-13-991246-4-4

Depósito legal: DL SG 52-2026

En Maniac Ediciones agradecemos que nos ayudes a fomentar la autonomía creativa de autores y autoras para que puedan continuar desempeñando su inestimable labor. Por eso, quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirígete a hola@maniacediciones.com si quieres fotocopiar, escanear, distribuir o reproducir algún fragmento de esta obra.

Queda expresamente prohibida la utilización de esta obra o cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta va para ti, hermana.

Porque yo elijo creer.

Sigues leyéndome. Y hablando de mí.

Allá donde estés.



Ni se te ocurra

Ni se te ocurra cubrirte los ojos.

Eso es.

Lo ves, ¿no? Ya hay más sangre fuera que en el interior de tu cuerpo.

Al final resulta que Él eras tú. Quién si no. Cuánto tiempo llevas urdiéndolo todo. Exudando esa asquerosa bilis que se oculta en tu cuerpo. Esparciéndola. Aquí y allá. Sin medida. Reteniendo contra su voluntad a tantos latidos de corazón. Atándolos a los barrotes de sus celdas con oxidadas cadenas.

Yo era una pieza más de ese juego de sombras que terminará con tu propia vida. Tardé mucho en verlo venir, lo reconozco. Deja que me mortifique un poco, joder. Que me tatúe la palabra gilipollas a lo largo de la frente.

¿Recuerdas cuando me decías aquello de que yo te pertenecía?

En realidad, todos te pertenecemos. No somos más que un montón de juguetes para ti. Tú te dedicas a montar el escenario, mover las piezas y recrear todo aquello que surge de tu mente enferma. Pero ya se acabó. Dejas de ser el arquitecto del dolor. Se termina la emisión, el telón baja para no subir, la luz está a punto de apagarse.

Ya hay más sangre fuera que en el interior de tu cuerpo.

Lo ves, ¿no?

Estoy contando tus últimos segundos de vida. Pienso en la enorme paradoja que se dibuja ante ti. Porque menuda oportunidad que estás perdiendo para describir algo terrible. ¡Con lo que te gusta eso! Fíjate. Todo está cambiando. Tu piel ya es como la cera de los cirios que alumbran la maldita iglesia del pueblo. Tu carne, un jugoso reclamo para tus queridos buitres. Tu olor es denso, pesado, tan difícil de respirar como el aire en el interior de la casa del señor Valero.

Pero, ahora que me doy cuenta, hay algo que permanece. Tu mirada. Ese brillo tóxico. Esos ojos de buhonero, de embaucador, de farsante. Esos ojos.

Ni se te ocurra cubrírtelos.



1. No puedo soñar

Despierto y no soy capaz de recordar qué he soñado.

Podría haber seguido durmiendo un poco más. Todo por esas putas agujas de luz. Se cuelan en la habitación por culpa de una persiana que no sabe cerrar.

Ahí estoy yo. En la habitación. Dándole los malos días a la vigilia. Masticando los amargos restos del despertar. Inventando maldiciones que animen mi desvelo. Despierto y me lo vuelvo a preguntar. ¿Qué es lo que he soñado?

Porque todo el mundo sueña. Sueña con ser rico. Asquerosamente rico. Con poder visitar lugares lejanos. O irreales. Con follar. Asquerosamente.

Pero yo no.

Yo no soy capaz de recordar qué he soñado. Nunca lo he sido. El motivo es muy simple: no puedo soñar. Y si pudiera hacerlo, me juego lo que sea a que esos sueños serían de todo menos agradables. Despertarse en el viejo dormitorio de esta vieja casa, en mitad de las viejas montañas, tampoco ayuda.

Agujas de luz. Siempre tengo la sensación de que se me clavan en los ojos. Atravesando los párpados. Por suerte, aún los conservo. Los párpados. No quiero ni imaginar cómo sería un día entero, veinticuatro horas seguidas, con los ojos abiertos.

Remoloneo entre las sábanas. Hoy no trabajo. Ayer no trabajé. Y tiene toda la pinta que mañana tampoco será el día. No sé qué coño estará haciendo mi agente. Tirarse a alguna de sus representadas, seguro. Cualquier cosa menos buscarme curro.

Remoloneo.

Las sábanas.

El otro lado de la cama ya está frío. A saber cuánto tiempo lleva Esteban levantado. Desde que nos vinimos aquí, a su otra casa, a este refugio secreto, no perdona ni una sola mañana. Ni una. Por fría que sea.

Como si en un pueblo perdido en la sierra de Grazalema supieran lo que es un invierno amable.

Agujas de luz. Pinchan. Son témpanos afilados que hacen daño, que perforan tejidos sin piedad.

Esteban.

A saber cuánto tiempo lleva levantado. No es difícil averiguar dónde está. En su despacho, arriba, al final de la escalera. La puerta tan cerrada como la boca del estómago tras contemplar el accidente de un autobús escolar.

Seguro que está escribiendo. Para eso ha venido aquí. Así son las crisis de los juntaletras. El miedo a la página en blanco, le dicen. No lo entienden. ¿Cómo se puede temer al color blanco? Nadie lo comprende.

Hubo una vez en la que Esteban rozó el éxito con los dedos. Hace mucho de eso. Pero lo rozó. Al éxito. Se conocieron. Fueron amantes. Y



yo me moría de celos. Nunca he sido una actriz popular. Me he ganado la vida a duras penas, y eso ya es mucho decir. Obras de teatro menores. Películas que apenas alzaban su pequeña cabecita en festivales de aquí y allá. Siempre me he mantenido oculta tras las bambalinas. Yo no sé qué es el éxito. Ni siquiera he soñado con él. No puedo soñar.

Esteban sí.

Y ahora no deja de soñar con que vuelve a tirárselo. Al éxito. Por eso estamos aquí. Porque los escritores necesitan encontrar su lugar de recogimiento. La casilla de salida desde la que emprender una senda ya olvidada. La fuente de inspiración.

No me creo nada.

Nadie debería creerse nada de lo que sale de la boca de un escritor.

Esteban no está aquí. Estará, digo yo, escribiendo. Dándose de hostias con esa página en blanco. Manchándola de rojo con cada escupitajo sanguinolento. Trazando negros arabescos con la oscura tinta que supura de su cerebro. Preñando su creatividad durante días y noches hasta que llega el esperado parto de las frases más importantes de una novela: su comienzo.

Porque las primeras líneas tienen que sonar como un canto de sirena perfecto. Irresistible. Que pegue fuerte. Un puño de hielo hundiéndose en el rostro del lector. Y, sobre todo, no ser algo manido y vulgar como, por ejemplo, yo qué sé, un personaje despertando en una cama.

Repito: yo qué sé. No tengo ni idea. Todo lo que acabo de decir lo repito como un loro porque estoy harta de escuchar a Esteban. Charlas, entrevistas, artículos. Cualquier medio es válido para arrojar las ínfulas que rodean su discurso. Una de sus perlas favoritas es la de la sangre. ¿Cómo era?

Ah. Ya caigo. Era algo así:

«Los escritores ponen tanto empeño en sus historias que se les va una porción de vida con cada una de ellas. Por eso solo pueden generar un número limitado de novelas. Porque llega un momento en el que no les queda ni una mísera gota de sangre».

Discurso. Ínfulas. Escribir.

Escribir es lo único que hace. No hay quien le vea en todo el día. Ausente. Apagado o fuera de cobertura. Y yo, mientras tanto, retorciéndome de aburrimiento entre sábanas, remoloneando en la alcoba principal de la antigua casa de su padre.

Que no tiene nada que ver con la clásica mansión horripilante situada a las afueras, repleta de fantasmas alojados a pensión completa. Más bien es una casa ubicada en una calle de un pueblo de montaña. Una casa de tantas. Una calle de tantas. Un pueblo de tantos.

Si destaca por algo es porque, de vez en cuando, hay vida entre sus paredes. Y no es poca cosa. En este pueblo hay muchas casas cerradas. Relegadas al olvido por la dejadez de sus dueños o por la inevitable muerte de quienes solían habitarlas.

Pero esta casa está viva. Abierta. Y reformada. Buenas calidades. Un par de dormitorios. Salón amplio con ventanal hacia la sierra. Y una biblioteca donde se mezclan clásicos con la obra completa de Esteban. Ningún autor perdería la oportunidad de exhibirse jugando en casa.

Todas las paredes lucen como recién pintadas. Cuadros genéricos dispuestos con un orden enfermizo. Muebles blancos de Ikea como el blanco de las paredes y el blanco del suelo y el blanco de la nieve cuando cae y embadurna la sierra y la deja como si fuera la casa de muñecas de un cocainómano.



Esteban le saca una pasta cada año. Es lo que tiene el turismo rural.

Y, mira por dónde, durante estos días somos nosotros los turistas. Nos alquilamos nuestro propio espacio. Vivimos encerrados entre sarmentosos brazos de madera, torsos de roca de montaña, piernas húmedas, tan frías como el agua del río. Observando a la rutina, esa que camina cada día por idénticos senderos para no perderse. Repasando con la yema de los dedos la fina piel de mis párpados. Descubriendo extraños símbolos que las punzantes agujas de luz tatúan cada amanecer y cada amanecer y cada amanecer.

Agujas de luz.

Maldita persiana que no sabe cerrar.



2. El bosque que susurra

Abro mi Mac. Pretendo conectarme a internet para comprobar mi correo. Este oxidado pueblo debe ser tan viejo como los mismísimos dinosaurios y, sin embargo, maravillas de la tecnología, posee cobertura de fibra. El futuro ya está aquí.

Y a propósito de futuro: la bandeja de entrada está vacía. Nadie parece acordarse de mí. Mejor así. Yo tampoco tengo intención de hacerlo.

Este *impasse* en mi carrera profesional ya se prolonga durante unos cuantos meses. No me viene del todo mal. Todo el mundo debería reciclar la mente cada cierto tiempo. Tomar un punzón afilado y clavarlo una, dos, mil veces en el propio cerebro para masacrar unas cuantas neuronas. Que la sangre chorree por el rostro con trazos oscuros. Sonreír en silencio mientras transcurre una lenta y dolorosa agonía mental. Dejar que nuevas neuronas ocupen el lugar de las que han caído en combate. Es un proceso de reciclaje.

Total, a eso viene la gente a la sierra, ¿no? A reciclarse.

Esteban no. Esteban ha venido a otra cosa. Y ahí sigue. A lo suyo. En pleno proceso creativo. Conozco la duración de sus interminables sesiones de escritura. No resulta complicado de averiguar. Es un hombre metódico. Invierte cada día la misma cantidad de horas en hacer avanzar su novela. Si quisiera, podría calcular cuánto le queda. No lo voy a hacer. Paso. No necesito esperar a que termine. Hace tiempo que aprendí a despojarme de una dependencia que se me antojaba absurda. Aquí puedo

hacer lo que quiera y cuando quiera. ¿Quién me lo va a impedir? Solo tengo que aflojar el nudo de la pereza. Ese que lleva aprisionándome toda la mañana.

La misma mañana.

El mismo día.

La misma pereza.

¿Cuántos días llevamos aquí?

Ya es suficiente. Hora de dar una vuelta. A ver si logro absorber un poco de esa luz gélida que llega filtrada desde las montañas. Me dirijo hacia el armario blanco de Ikea y abro sus puertas. Una vaharada de humedad me golpea como un anfitrión al que le da coraje recibir visitas. Descarto las blusas y los vestidos. Escojo el primer chándal que encuentro y lo emparejo con un par de zapatillas para completar el conjunto deportivo. Estoy lista. Antes de salir, barajo dos opciones: despedirme o ahorrar aliento para más tarde.

Y digo:

—Adiós.

Bravo, Lucía. ¿Adiós a quién? ¿Adiós para qué? Como si Esteban pudiera escucharlo desde su atalaya de escritura.

Como si los espíritus de su familia aún pulularan por aquí. Sábana en ristre. El tobillo encadenado a la clásica bola de hierro negro. Espectros tan educados como para dignarse a contestarme, por mucho que vaya en chándal.

El pueblo. Las calles son blancas, cómo no. Parpadeo durante unos cuantos segundos hasta que consigo acostumbrarme a tanta claridad. El viento gélido transporta una colección de aromas. La frescura de la hierba. El áspero olor de la ceniza depositada en el fondo de las chimeneas. La podredumbre del estiércol.



Todo está tranquilo. Apenas se escucha nada. El trino de algún pájaro mezclado con el incesante martilleo de una ventana mal cerrada. Hay humedad por todas partes. La piel húmeda de mi rostro. Resbaladiza. El suelo húmedo de piedra. Resbaladizo. Camino con cuidado. A cámara lenta. Como si alguien fuera a regañarme por pisarle lo fregado. Como si alguien fuera a deslizarse por mi piel hasta aplastarme.

Una sombra.

Húmeda.

Resbaladiza.

Que aparece de súbito. Se coloca junto a mí. La oscuridad la mantiene encorvada. Debe pesar mucho. No la sombra, sino la oscuridad. Viene envuelta en una tela opaca que me recuerda más bien a una mortaja teñida de negro. A su alrededor, un intenso aroma a jengibre me embriaga. Hay otro olor que la acompaña. No logro definir qué es. La sombra amortajada avanza que da gusto. Cualquiera diría que flota sobre el suelo. En realidad, arrastra los pies. Ras, ras, ras. Se desliza. Y gruñe. Gruñe la sombra. Diría que a modo de saludo, pero no estoy nada segura. Me adelanta por la izquierda con insolencia. Ni siquiera pone intermitentes. Apenas le bastan unos segundos para dejarme atrás y perderse por una de las múltiples callejuelas de este nido de serpientes. Aspiro de nuevo el aire que deja a su paso. Ya sé. Ya he logrado identificar a qué huele. A vieja. Huele a vieja. A fecha de caducidad que se aproxima con brillo de hoja de guadaña.

Así se las gastan las señoras del pueblo. Qué más da que me tripliquen la edad. Qué más da lo empinadas que sean las pendientes. Se mueven con maestría porque llevan desde pequeñas tejiendo la misma tela de araña una y otra vez. Ras, ras, ras. Trato de ponerme en su pellejo. Creo que lo consigo. Una espiral de repugnancia se centrifuga en mis tripas.

Encorvada y oscura y amortajada y resbaladiza. Así ha debido ser su tediosa y anodina vida.

Yo llevo mi propio ritmo. Me arrepiento de haberle dicho adiós a nadie antes de salir. Echo de menos esa pizca de aliento. Voy equipada para hacer deporte, pero mi cuerpo se ha propuesto emitir señales de rebeldía. No estoy acostumbrada a subir cuestas tan empinadas, una tras otra. El calor y la vergüenza arrebolan mis mejillas. Persigo el rastro oloroso de jengibre que la vieja ha dejado tras de sí. Por pura inercia desemboco en la plaza principal del pueblo. Ni rastro de ese silencio que atestaba las callejuelas. Aquí en la plaza reina el bullicio y, como ocurre en cualquier pueblo, da la sensación de que todo el mundo ha abandonado su hogar para confluír en un único punto de encuentro. El desagüe al que van a parar todos los desperdicios.

Un banco de piedra. Dan ganas de celebrarlo.

Mientras recupero el aliento, aquí sentada, voy a jugar un poco. Observar qué hace la gente de la montaña.

Personas sencillas. Mentes básicas. Disfrutan lo que tienen. Aire puro, tranquilidad. El queso de cabra de la región, codiciado en el resto del país. Hay niños que juegan. Parecen felices. Todavía no son conscientes del insulso destino que les aguarda. Un hombre alto y desgarrado que lleva una gigantesca bolsa de pan a sus espaldas. Tres mujeres sentadas en otro de los bancos: una joven, otra madura, la última abrazando la decrepitud. Departen entre ellas con calma, sin aspavientos, como si el tiempo no les amenazara a cada segundo con negarles la respiración.

Tranquilidad.

Tengo la impresión de que ni siquiera el tiempo tiene prisa en este vórtice que engulle, insaciable, el deseo de vivir algo más emocionante que ordeñar vacas y agitar la cuerda que tañe las campanas de otra misa para otro muerto más.

Gritan. Los niños de la plaza. Gritan con estrépito. Gritan entre voces agudas y chirriantes. Gritan mientras se persiguen unos a otros porque no son capaces de hacerlo en silencio. En esto se parecen a los de ciudad.



Observo. Sigo jugando. Y caigo en la cuenta de algo. Hay uno que es diferente a los demás.

El más pequeño. El que más mugre acumula en la piel del rostro. La piel, trufada de pecas. Marcando una senda invisible entre los ojos excesivamente separados. Ojeras de dormir poco. O de todo lo contrario. Se afana en trastear una pequeña caja de madera. ¿Qué guardará ahí dentro?

Es el único que no grita. También es el único que parece darse cuenta de que juego a espiar sus irritantes movimientos. Ajeno al resto de chicos. Lejos de su realidad. Poco a poco se aproxima hasta donde estoy sentada, con pasos firmes. A un suspiro de distancia, levanta la cabecita y engancha su mirada con la mía.

—Hola, chaval —pruebo a decir—. Dime, ¿cómo te llamas?

Me contesta. Con los dedos sucios, casi negros. Con los ojos. Con la boca. Pero no con la lengua.

Es diferente a los demás.

—Así que no te apetece hablar. Bueno, no pasa nada. A ver. Déjame que trate de adivinar tu nombre.

Repito las mismas palabras convertidas en gestos. La pequeña mano frente a los labios. El puño cerrado. Los cinco dedos extendidos, tocándose entre ellos, ahuecados. Las uñas largas y llenas de porquería. Vale. Creo que lo entiendo.

—¿Hocico?

El niño niega.

—¿Fauces?

El niño niega.

—Ya lo tengo. ¡Pico!

El niño asiente. Parece que he acertado.

—Encantado, Pico. Yo soy Lucía. Y ahora dime. ¿Qué llevas ahí, en esa caja?

La esconde. No le apetece que conozca su secreto. Uno de ellos. Tiene pinta de guardar más de uno bajo llave. Luego gesticula de nuevo. Otro enigma que resolver. Magnífico. Al fin encuentro algo divertido que hacer en este absurdo agujero.

—Quieres que te acompañe, ¿no es así, Pico?

El niño sucio de la cara sucia sacude una y otra vez la cabecita sucia. Alarga el brazo derecho, sucio, con la palma de la mano, sucia, hacia arriba. Ahora es él quien quiere jugar.

—Está bien. ¿Adónde vamos?

En marcha de nuevo. Apenas tardamos un par de minutos en dejar atrás la plaza del pueblo. Recorremos las calles, estrechas, incómodas. Se alambican unas con otras como un laberinto de esos que no parecen tener salida. No estoy preocupada. Mi pequeño guía conoce el camino. Repito un par de veces la misma pregunta que formulé antes de tomar su mano. No contesta. No puede hablar. Yo no puedo soñar. Ambos tenemos una tara que esculpe nuestra personalidad. Que nos desmarca del resto.

Somos diferentes a los demás.

No contesta. No puede hablar. Sin embargo, Pico no permanece impávido ante mis ataques de curiosidad. Por toda respuesta, una sonrisa traviesa. Desconozco el final del laberinto. Algo me dice que me va a sorprender. Y eso me excita. Me excita tanto que niego mi propio cansancio.

Una estrecha callejuela de guijarros da paso a un descampado que dibuja una caprichosa forma ovalada. Somos alimentos a medio masticar. Humedecidos por fuera y por dentro, desembocamos en un gigantesco estómago repleto con el mismísimo vacío. En la linde del descampado se levanta una infinita barrera de pirámides apoyadas unas en otras. Un



ejército de centinelas de hojas punzantes entona un misterioso murmullo con ayuda de los vientos. Deben ser árboles típicos de la región. Desconozco su nombre.

—Ese bosque parece susurrar —digo, y aunque no me dirijo a nadie en particular, ni siquiera a mi nuevo amigo, lo hago en voz alta, como si estuviera declamando durante una de mis actuaciones—. Todos esos árboles forman parte de un organismo superior. Un monstruo de piel oscura y hedionda, decorado con espantosas deformidades ocultas bajo su abrigo de hojas verdes. Debe de llevar mucho, mucho tiempo así, susurrando, y lo seguirá haciendo hasta cansarse. Y cuando eso suceda, porque, créeme, lo hará, su queda voz multiplicará su fuerza por mil hasta conjurar un grito.

Un grito que será una frase.

Una frase en forma de amenaza.

Esta tierra es suya. Eso gritará.

Y el grito, la frase y la amenaza colgarán del viento como cuelgan los pies muertos de un ahorcado al balancearse sobre una rama tan podrida como su propio corazón.

Alguien me tira del brazo. Pico está pálido. Y reclama mi atención. Y niega con la cabeza. Igual me he pasado con mi discurso. Pobre chaval. Yo solo estaba jugando. Una vez más. Jugaba a interpretar un papel imaginario. Llevo tanto sin actuar que lo echo de menos.

O tal vez esté equivocada.

Porque, pensándolo bien, ocurre todo lo contrario. Llevo mucho tiempo actuando. Demasiado.

Días, semanas, meses, incluso años encarnando un papel anodino cuyo guion lo dicta la rutina, esa rutina pegajosa de la vida en pareja,

ese tirar para adelante sin hacerte preguntas porque te da miedo ser tan valiente como para pensar las respuestas.

Podría contarle mis dramas al chaval, pero no quiero torturarlo más de la cuenta. Así que lo que hago es preguntarle:

—¿Vas a decirme de una vez para qué me has traído aquí?

Pico se encoge de hombros. Sigue agitado. Y tirándome de la manga. Accedo. Me dejo llevar. Pasos firmes en dirección a la primera línea del ejército de pirámides. Algo me llama la atención. Hay una brecha. La barrera de troncos de madera gris deja entrever un hueco por el que puede accederse al interior. Qué pretendes, niño. Qué quieres que vea en el bosque.

Nos detenemos a un par de palmos de la frontera. La temperatura desciende por momentos. La grieta escupe un aire cortante, afilado como el instinto de un depredador. Huele a hierba, a tierra mojada y a excrementos. La canción del viento entre las ramas alcanza notas agudas. Sintetizo en mi mente la imagen de una mujer que se debate entre el éxtasis del placer y la agonía de la muerte.

En el suelo, junto a un montón de piedras coloreadas por el musgo, veo destellos metálicos y algo que no deja de moverse entre ramalazos rojizos.

Pico da un brinco. Los nervios deforman la repugnante piel de su rostro. Señala con insistencia. Las piedras. El musgo. El metal. Lo que se mueve.

Me agacho. Es un animalillo atrapado en una trampa de caza. Un conejo. Está malherido. Pestañeo. Nunca he tenido una especial sensibilidad por los animales. Es un simple conejo, por Dios. Siento que las lágrimas encharcan mis ojos. No es por pena. Poco me importa el animal. Es el viento. No deja de soplar. Fuerte. Despiadado. Me hace entrecerrar los párpados. Menos mal que aún los conservo.



—Así que esto era lo que querías enseñarme —farfullo entre bocanadas de aire—. Todo para que te ayudara a sacar a este pobre conejo de la trampa.

El animal se agita entre espasmos. Diminutas gotas de sangre se esparcen a su alrededor. Lo único que consigue es que el filo de las cuchillas se hunda más y más en la carne. Lo mejor sería disfrazarme de verdugo. Partirle el cuello. Preparar un buen guiso con él.

Pico continúa haciendo señas.

—¿Y ahora qué ocurre?

El niño abre los brazos. Los extiende todo lo que puede. Como un crucificado. No. No es eso. Los mueve. Está agitando los brazos, hacia arriba, hacia abajo. Cambia de nuevo la gesticulación. Junta los cinco dedos de la mano derecha, se los lleva al rostro, los coloca justo delante de la nariz. Pico. Pico. Pico. Se repite a la par que consume mis reservas de paciencia. Me pongo nerviosa. Tengo unas ganas tremendas de gritarle. De alzar la voz para que deje de andarse con rodeos. Pero no. No voy a hacerlo. No es más que un niño. Un pobre niño mudo.

No voy a hacerlo.

—¡Ya está bien! —grito—. ¡Deja de moverte y dime qué coño te pasa!

El niño deja de moverse.

Y señala hacia arriba.

Apenas tengo tiempo de alzar la mirada antes de que una pesada mole impacte contra mí.

Pestaño.

La tierra me recibe. Es oscura, húmeda y dura.

Pestaño.

Una sarta de gemidos me acompaña mientras trato de recuperarme de la caída.

Pestaño.

Hay voces que se pisan unas a otras. Niños, muchos niños. ¿De dónde han salido? Me cuesta entender qué quieren decir.

Pestaño. Todo ha cambiado. El bosque que susurra. Pico. Las piedras llenas de musgo. Los otros niños. Ninguno escapa al color de la sangre. Ninguno, excepto el conejo moribundo, pues ya no está.

Desde el suelo, aún dolorida, diviso la bestia alada que se aleja hacia el horizonte. Es en ese momento cuando descifro lo que dicen los niños.

«¡El buitre! ¡El buitre ha vuelto a salir de caza!».